
En defensa de la Patria 1847-1997

Por Virginia Guedea*

La encomienda de esta presentación fue muy grata por lo interesante e instructiva que resultó ser la lectura de los trabajos que conforman el libro *En defensa de la Patria*. Pero también debo aclarar que no dejó de ser una experiencia dolorosa porque me obligó a reflexionar sobre la terrible tragedia que significó para México no sólo el verse invadido por Estados Unidos, sino perder la guerra y más de la mitad de su territorio. Septiembre, el mes de la Patria, en el que ahora estamos y que para una insurgente como yo resulta siempre festivo porque en él se inició en 1810 el proceso que llevó a la Independencia en septiembre de 1821, tiene en su lado luctuoso, el haber visto izarse en la capital del país, tan sólo 26 años después, la bandera de un país extranjero.

De los varios trabajos que contiene el volumen que hoy se presenta, me correspondió comentar tanto el prólogo de la maestra Galeana como el trabajo del doctor Sordo, titulado "México en armas 1846-1848".

El prólogo de la maestra Galeana, que debidamente recoge la temática de los trabajos contenidos en el libro, da cuenta de lo difícil que resultó para México establecer relaciones con el exterior al tiempo que se ocupaba de constituirse como nación. Visto según nos dice la autora –y no sin cierta razón digo yo– como un Estado

* Directora del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

incapaz de gobernarse a sí mismo por no contar con un gobierno estable debido a las guerras internas y a la permanente bancarrota, lo fue también como un rico botín por las grandes potencias que decidieron sacar ventaja de sus desventuras.

El prólogo da cuenta en particular de la conducta que Estados Unidos de Norteamérica tuvo hacia México, de su proyecto expansionista y de cómo nuestro país enfrentó esa amenaza. Los primeros pasos se dieron durante la época colonial, entre los que se contaron un *Tratado de Límites*, el Adams-Onís, y la colonización de Texas por ciudadanos estadounidenses, que abrió la puerta a una injerencia cada vez mayor del vecino país del norte en los asuntos mexicanos y que llevó a la independencia texana primero y más tarde a su anexión a Estados Unidos.

Aquí quisiera añadir algo y es que las autoridades coloniales, muy en particular las norteañas y desde luego el representante español en Washington, Luis de Onís, se percataron desde bien temprano del peligro que representaban las ambiciones expansionistas estadounidenses. No fue el caso de los insurgentes novohispanos, quienes durante largo tiempo, y la verdad sin causa realmente justificada, abrigaron la esperanza de recibir ayuda de Estados Unidos. Tampoco fue el caso de los primeros gobiernos mexicanos, quienes si bien no heredaron esta esperanza, sí confiaron en recibir un pronto reconocimiento y también, por qué no, algunos apoyos.

La maestra Galeana, asimismo, da cuenta del desastre que para el gobierno mexicano fue la campaña texana encabezada por Santa Anna, quien desde su prisión comprometió al país mediante dos tratados que, junto con su actuación posterior, han servido para fundamentar la acusación que se le hiciera de traidor. Y aquí debo señalar que resulta por demás interesante el análisis que se hace en el prólogo sobre esta espinosa cuestión, sobre la que todavía queda mucho por discutir. Tanto en este aspecto como en muchos otros de su larga, azarosa y contradictoria existencia, Santa Anna sigue siendo un personaje necesitado de nuevos estudios y de nuevas explicaciones.

La trágica historia de la guerra con Estados Unidos, iniciada a mediados de 1846 y que terminara con la toma de la capital el 14 de septiembre del siguiente año, queda registrada en el prólogo de la maestra Galeana. Coincidió con ella en que la derrota final se debió a la conjunción de muchos y muy diversos factores, pero creo que Ignacio Manuel Altamirano tiene razón cuando, como se da cuenta en el prólogo, culpa de la derrota final a la falta de preparación de los mandos militares y a la carencia del patriotismo de las clases privilegiadas, quienes resultan los directamente responsables.

En su última parte, el prólogo relata el difícil y accidentado proceso de las negociaciones llevadas a cabo para alcanzar la paz, imperativa para la supervivencia misma del país. Después de todo, los diplomáticos que se ocuparon de ellas no pudieron hacer otra cosa que salvar los restos del naufragio, como ellos mismos bien señalaron y como bien registra la maestra Galeana.

El trabajo del doctor Sordo, "México en armas 1846-1848", se ocupa de manera detallada del doloroso proceso que fue la guerra con Estados Unidos. Para el doctor Sordo, el desastre fue sobre todo consecuencia de veinticinco años de anarquía política, de falta de cohesión en las clases dirigentes y de que se antepusieron en varias ocasiones los intereses personales a los de la nación. Así, su trabajo, como el mismo autor lo señala, se refiere fundamentalmente al conflicto político interno, causa determinante, para el doctor Sordo, de la derrota frente a Estados Unidos, en lo que no puedo estar más de acuerdo.

Pienso que no sólo es muy válido buscar explicaciones internas, sino indispensable; tanto, que sin ellas no puede comprenderse cabalmente el proceso. Basta ya de buscar justificaciones externas. No obstante, hay que reconocer que, además, el país tuvo que enfrentarse por entonces a un enemigo muy poderoso y bien organizado, completamente convencido de su *Destino Manifiesto*, que constituyó la creencia más popular del nacionalismo estadounidense durante esos años.

Volviendo al conflicto político interno, nos dice el doctor Sordo que monarquistas, centralistas, liberales puros y moderados se disputaban por entonces el poder sin capacidad o sin deseos de ver más allá del triunfo de su facción, actitud que casi todos ellos, salvo muy honrosas excepciones, mantuvieron antes, durante y después de la guerra. Y fue sobre todo a través de los pronunciamientos, esa forma de acceder al poder que se había vuelto una constante de la vida política de esos años, que esa lucha se manifestó.

La historia la inicia el doctor Sordo con el pronunciamiento de Paredes en San Luis, en contra del entonces presidente Herrera en diciembre de 1845, con el Ejército de Reserva que debía defender a México de una invasión estadounidense. Con el pretexto de que el gobierno intentaba negociar con Estados Unidos para alcanzar la paz, Paredes se comprometía a emprender la guerra. Me parece un buen inicio, entre otras cosas porque Paredes resulta un ejemplo muy claro del político oportunista y contradictorio tan característico de la época como los propios pronunciamientos.

No voy a seguir paso a paso el intrincado juego que hicieron las facciones durante esos años. Ya lo hizo, y de manera por demás detallada, el doctor Sordo en su trabajo, a cuya lectura los invito cordialmente. Tan sólo me voy a limitar a comentar algunos aspectos que llamaron mi atención y que considero de interés para entender el proceso de que se ocupa su trabajo.

Uno de ellos es que la opción monárquica como forma de gobierno para México no había quedado del todo descartada. Si bien el breve imperio de Iturbide mucho la desprestigió con su espectacular fracaso, tenía todavía partidarios, que si no eran muy numerosos sí ocupaban posiciones de poder, como era el caso de Lucas Alamán o del propio Paredes, aunque este último parece haber sido más bien motivado por los apoyos económicos que España ofrecía a quienes la promovieran.

Ayudados entre otros por el enviado español, Bermúdez de Castro, Paredes y Alamán se ocuparon diligentemente de promover la monarquía. A pesar de no haber tenido éxito en sus propósitos, la monarquía como forma de gobierno para México siguió manteniéndose como una opción más, hasta que fue definitivamente cancelada con la derrota del imperio de Maximiliano.

Otro aspecto de interés es el hecho de que por entonces los partidarios de la República se hallaban, quizá, más desunidos que nunca. Centralistas contra federalistas, y entre los federalistas, moderados contra puros, todos ellos enfrentados en forma por demás radical. Fue este faccionalismo, como bien señala el doctor Sordo, uno de los principales factores que llevaron a la derrota. Y la lucha se dio en todos los niveles, desde la tribuna en el Congreso hasta el campo de batalla, pasando por la prensa.

El Ejército, que debía hacer frente al invasor, fue una pieza más en el juego político de las facciones. La historia que nos narra el doctor Sordo es también la triste historia de un ejército movilizado —o inmovilizado— para defender los intereses particulares de sus jefes, por lo que no estuvo en condiciones de cumplir con su función primordial de enfrentarse al enemigo externo. Sufrió, además, los efectos de un erario siempre en bancarrota y que resultaba incapaz de sostenerlo.

Por otra parte, tampoco se contó con el apoyo de las distintas entidades que constituían la República. El enfrentamiento entre el centro y las regiones, gestado durante los últimos años de la Colonia y que aflorara con fuerza desde los inicios de la vida independiente de México, nunca tuvo peores consecuencias para el gobierno nacional y para el país que durante la guerra con Estados Unidos. Precisamente uno de los aciertos del trabajo del doctor Sordo es el de dar cuenta, así sea nada más en tres instancias pero que resultan muy ilustrativas, de la problemática que afligía a los estados tanto en su interior como en sus relaciones con el centro.

El trabajo se ocupa de registrar lo acontecido en Oaxaca, donde la derrota de los liberales por un pronunciamiento antiliberal no significó el desconocimiento del gobierno central. Antes al contrario, Oaxaca envió recursos al centro, siendo el estado que más contribuyó con dinero para la guerra con Estados Unidos. No obstante, junto con varios de sus coterráneos, Juárez luchó tenazmente desde su curul de diputado para que el Congreso declarara la ilegalidad del movimiento a pesar de su contribución a la causa nacional, que debía ser prioritaria, lo que no deja de sorprender al doctor Sordo y a mí también. Juárez y otros diputados oaxaqueños regresaron a su tierra natal, logrando derrocar al gobierno local para quedar aquél como gobernador.

Los problemas de Tabasco, donde también se dio un pronunciamiento y más tarde su separación de México, fueron resultado en buena medida de la falta de visión del centro, que no supo reconocer ni el arraigo local que tenía el general Juan Bautista Traconis, ni la defensa exitosa que hizo de Frontera, donde logró rechazar

al invasor. Empeñado en imponer a un gobernador sin arraigo, el gobierno de la República recurrió a las fuerzas chiapanecas para alcanzar su objetivo, lo que llama un tanto la atención pues, como bien señala el doctor Sordo, no había tropas para combatir al enemigo pero sí para dirimir cuestiones internas.

El último caso registrado es el de Yucatán, que en 1848 no sólo volvió a separarse del centro, sino que en plena guerra buscó, sin éxito, su anexión a Estados Unidos, Inglaterra y España. La división que se daba entre las élites de Mérida y Campeche llevó no sólo a que los estadounidenses ocuparan la Isla del Carmen, sino que desembocó en la terrible guerra de castas, lo que hizo que la península buscara un nuevo entendimiento con el gobierno nacional a cambio de ayuda.

En el trabajo del doctor Sordo nos encontramos también con los principales caudillos, que eran en muchos de los casos tanto hombres de guerra como de política y cuyas ambiciones personales se encontraban por encima incluso de los intereses faccionales. Y para promoverlas alegaron siempre actuar por la salvación de la Patria. Un ejemplo de ello es la unión que nuevamente lograron establecer los santanistas con los puros para conseguir el regreso de Santa Anna al poder, lo que llevó de nueva cuenta a que Gómez Farías asumiera la Presidencia de la República y a que intentara, una vez más, utilizar los bienes de la Iglesia para las necesidades del gobierno.

Si a todo eso se le une la injusta actitud que hacia México asumiera Estados Unidos a lo largo de todo el proceso, actitud iniciada años antes y de la que una muestra fue declarar la guerra alegando que México había invadido territorio estadounidense, así como la eficiente organización con que planeó su campaña para invadirlo, puede entenderse la dimensión del problema.

No me detendré en la lucha armada, si bien el doctor Sordo va dando cuenta de ella a lo largo de su estudio. También da cuenta de ella el interesante trabajo de la doctora Josefina Vázquez que se incluye en el volumen que hoy nos ocupa, a cuya lectura asimismo remito. Lo único que voy a mencionar aquí es que a pesar de las terribles derrotas que en muy distintos puntos sufrieron las fuerzas mexicanas frente a los invasores, la lucha faccional no desapareció, ni siquiera cuando la capital fue tomada por las fuerzas estadounidenses. Tampoco cuando el gobierno se estableció en Querétaro. Y si alguna vez se logró un acuerdo, como ocurrió cuando moderados y puros aprobaron un decreto que imposibilitaba al gobierno a negociar la paz, resultó negativo para el país.

Como bien dijo José Fernando Ramírez, y registra el doctor Sordo, era la agonía de la Patria. Se había tocado fondo. Lo que no deja de sorprender es que el país lograra sobrevivir, por lo que estoy totalmente de acuerdo con la tesis del autor de que fue verdaderamente milagroso que el país no se desintegrara o desapareciera.

No obstante la gravedad de la situación, no todo fue negativo, como el mismo doctor Sordo señala. Entre lo positivo se cuenta la reforma de la *Constitución de*

1824, debida fundamentalmente a Mariano Otero y su *Acta de Reformas*. También que el gobierno de Querétaro poco a poco fue reconocido por los estados y, finalmente, si bien con enormes dificultades, se pudo negociar la paz. Se celebró así el *Tratado de Guadalupe-Hidalgo* el 2 de febrero de 1848, que era un larguísimo tratado de paz, amistad, límites y arreglo definitivo entre la República Mexicana y los Estados Unidos de América, cuya parte medular correspondía, como no podía ser de otro modo, a la fijación de los nuevos límites entre ambos países. Frontera que, hay que reconocer añadido yo, resultó ser prácticamente la misma que, según Luis de Onís le informaba al virrey Venegas en abril de 1812, deseaba por entonces el gobierno de Estados Unidos.

Quiero terminar dando de nuevo las gracias por la invitación, que me permitió acercarme a tan interesantes textos, y haciendo a mi vez una invitación: primero a su lectura, que mucho nos aclara sobre lo ocurrido hace 150 años; segundo a proseguir el estudio de esa difícil e interesante etapa de la historia de México que fue la primera mitad del siglo XIX, cuya cabal comprensión ayudará a entender todo el proceso posterior.

Por Javier Garciadiego*

Los historiadores profesionales solemos condenar, con justa razón, la historia de bronce, la patrioteria y aquella motivada por la conmemoración de efemérides. Sin embargo, la calidad de la historiografía mexicana y la madurez de las instituciones político-culturales del país ya permiten la elaboración de obras como la que aquí presentamos.

En efecto, bajo los auspicios de la Comisión Organizadora de los Homenajes del CL Aniversario de los Niños Héroe, el Archivo General de la Nación hizo posible la edición de esta obra, titulada, muy acertadamente, *En defensa de la Patria*. Con este libro el Archivo General de la Nación continúa su reciente tradición, que se remonta a cosa de cinco años, de publicar obras históricas de alto valor. Con ello ha rebasado su compromiso de repositorio documental, convirtiéndose en un espacio que promueve y genera polémicas historiográficas fundamentales.

En defensa de la Patria, de Josefina Zoraida Vázquez y Reynaldo Sordo, con prólogo de Patricia Galeana, reconstruye y explica uno de los momentos más importantes de nuestra historia nacional. Y lo hace espléndidamente gracias a la calidad profesional de los tres colaboradores, y gracias también a la riqueza documental e iconográfica que contiene.

* Director del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México.

El ensayo de la prestigiada Josefina Zoraida Vázquez se titula, ilustrativamente, “Una injusta invasión”. El título no da lugar a equívocos. A pesar de lo riguroso de sus conocimientos y de lo justo y contundente de sus apreciaciones, en el ensayo aflora, fácil y constantemente, la pasión. ¿Se puede ser científico y apasionado? A mi modo de ver, la respuesta debe ser enfáticamente positiva: historiador y asepsia son términos antitéticos, tanto como *chefy* nutriólogo. Los cronistas y los documentalistas carecen de pasión, pero no el historiador verdadero, el que tiene alma. Comprensiblemente, la suya es una obra de pasión, de amor. Ya lo dijo don Edmundo O’Gorman: dedicarse a descubrir el pasado de un país exige que el historiador ame a su Patria, con todas sus fuerzas como única medida. Así lo ha hecho Josefina Vázquez; la ha amado en la medida de sus fuerzas, que son muchas, a todas luces.

Esto no supone, sin embargo, que escamotee la verdad de los sucesos que revisa. El primer gesto de amor a un país, y la mejor manera de ayudar a superar sus males y deficiencias, es reconocerlos. Así, la doctora Vázquez parte de un análisis de la situación real de ambos países. Sus consideraciones son balanceadas y precisas. Acepta de entrada que México era un país desintegrado, hondamente dividido, que padecía una “frágil situación”: como consecuencia de ello, su ejército tuvo un “deficiente desempeño” durante el conflicto. En cambio, Estados Unidos era un país exitoso y dinámico. Cualquier enfrentamiento entre ellos era de resultados absolutamente predecibles. Por ello lo trágico del acontecimiento: la derrota era inevitable y el conflicto era obligado.

Con un atinado título, “Un enfrentamiento anunciado”, Josefina Vázquez recupera los antecedentes y causas del conflicto: en términos remotos, el motivo último fue la falta de colonización real del norte novohispano; en términos inmediatos el factor que precipitó el conflicto fue la anexión de Texas por el gobierno de Washington en 1845, luego de que se independizara de México desde 1836, al negarse a acatar ciertas disposiciones centralistas, si bien su objetivo era independizarse de México e integrarse al país del norte cualquiera que fuera el rumbo político mexicano. Todo la orientaba al norte: sus orígenes étnicos, su religión, su filosofía económica, su cultura. En una palabra, desde antes que Texas pasara a ser parte de la unión americana, se hizo socioculturalmente gringa.

En resumen, la explicación de los hechos de Josefina Vázquez se fundamenta en el expansionismo norteamericano, que en esas fechas era una “verdadera fiebre”. En su versión los principales actores son los anexionistas texanos, los políticos de Washington, así como los militares y políticos mexicanos, varios de ellos responsables directos de la “aflictiva” situación nacional.

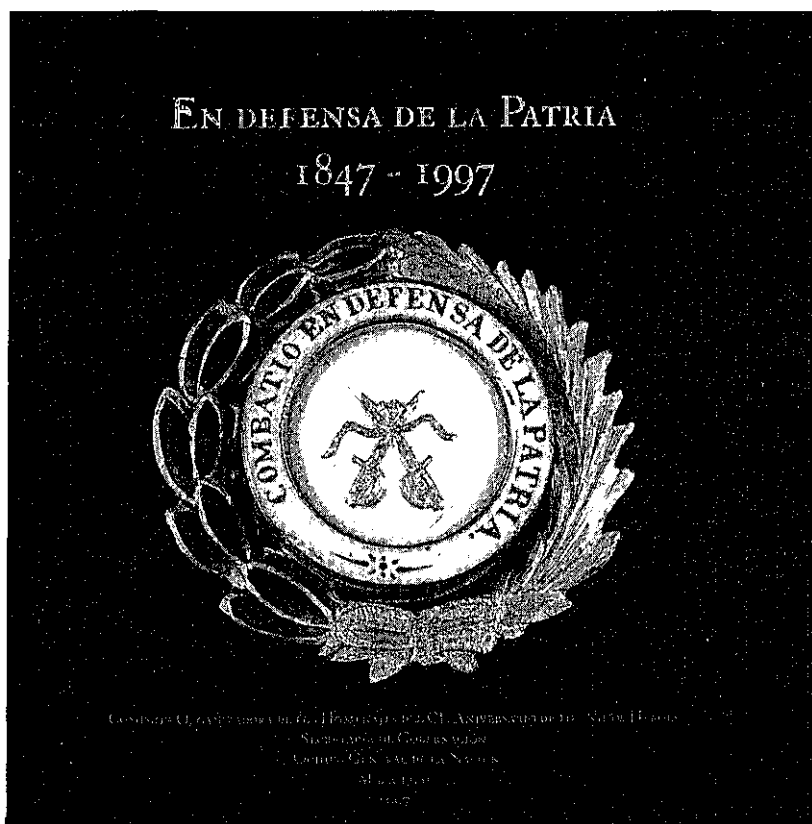
Uno de los mayores aciertos del ensayo es no buscar un solo culpable. Aunque políticamente ha sido lo más fácil, en términos historiográficos resulta falaz e insostenible. Así, a Santa Anna se suma Mariano Paredes, a quien llega a llamar “tramposo”.

Otro acierto de Josefina Vázquez es explicar los acontecimientos bélicos a partir de la enorme desigualdad que había entre los ejércitos contendientes. Por ejemplo, mientras que el ejército estadounidense era profesional y estrictamente castrense, el mexicano estaba encabezado por militares con más ambiciones políticas y diferencias ideológicas que capacidades militares. Para colmo, las primeras derrotas golpearon el de por sí menguado ánimo del ejército mexicano. Además de los problemas y errores militares, Josefina Vázquez destaca, muy acertadamente, lo desastroso que resultó el constante cambio de mando político en pleno conflicto bélico. Recuérdese que entre 1845 y 1848 México tuvo, al frente del Poder Ejecutivo, a Herrera, Paredes, Salas, Santa Anna y Manuel de la Peña y Peña, sin contar con breves interinatos de Nicolás Bravo y de Pedro María Anaya. Si la mayor prueba de la desintegración nacional se dio con el tragicómico levantamiento de los *polkos*, lo peor vino con la negativa de varios gobiernos estatales y locales, o de la Iglesia Católica, para colaborar en enfrentar la emergencia nacional. No sólo era cambio de cabeza, sino de proyecto estatal: se pasó, en cosa de días, de un intento monárquico a la restauración de la *Constitución Federal* de 1824. En otras palabras, no se sabía qué iba a quedar de México, ni cuál sería el perfil del país que sobreviviera.

La descripción de la guerra resulta dramática por la alevosa desigualdad. La doctora Vázquez analiza cada una de las campañas, con sus diferentes aspectos y momentos. Comienza con la campaña del noreste: Matamoros, Monterrey, San Luis Potosí y La Angostura; sigue la del lejano noroeste—Nuevo México, California y Chihuahua— y con la ocupación de los principales puertos, destacando, Tampico, Tuxpan, Ciudad del Carmen, Guáymas, Mazatlán, Manzanillo y, sobre todo, Veracruz. A partir de aquí el relato se hace sobrecogedor por lo inmediato de los escenarios. El título del apartado no pudo ser más atinado. Si Carlos María de Bustamante tituló su historia de esa guerra como *El Nuevo Bernal Díaz*, Josefina Vázquez llama a las páginas dedicadas a la campaña de Veracruz al centro del país como “En pos de los pasos de Hernán Cortés”. Asimismo, a la toma de la Ciudad de México la concibe como la toma de “las murallas de Montezuma”. Al caer la Ciudad de México cayó el gobierno nacional: Churubusco y el general Anaya; el general Valencia y Padierna; el batallón de San Patricio, como mártires en San Jacinto; Molino del Rey y el coronel Balderas; el Castillo de Chapultepec y “los niños héroes”.

Para concluir, conviene hacer una reflexión final sobre estos últimos, motivo de la efeméride que este libro rememora. Acaso uno de los mayores méritos del ensayo de la doctora Josefina Vázquez sea su versión de “los niños héroes”. Experimentada docente pero también investigadora científica, ni desmiente ni ensalza el polémico mito, aunque reconoce su enorme significado político. Eso sí, señala velada aunque ilustrativamente, que no eran “niños” sino adolescentes, y que no eran “héroes” sino cadetes cumpliendo con su deber. Acaso sea este el principal mensaje

de su ensayo. Dado que toda buena historia debe ser moralizante y aleccionadora, aceptemos el mensaje de doña Josefina Vázquez: el país requiere estar unido en su pluralidad, y no se necesitan héroes sino ciudadanos cumplidos con sus deberes.



Portada del libro *En defensa de la Patria 1847-1997*. Imagen: Anverso de la Condecoración de Chapultepec concedida a los participantes en la acción del 12 y 13 de septiembre de 1847. Museo Nacional de las Intervenciones.